ROMANCE DE VICENTA MARIA

A una muchacha que me trajo sus primeros versos.

VINISTE a verme una tarde
con versos: como la aurora
viene a ver el nuevo día
con su cestillo de rosas.

Me preguntaste: «¿Son buenos?»

Niña, cigarra cantora:
«Los versos nunca son buenos
ni malos...»
Como la sombra
y la luz, son o no son:
como en el bosque la alondra
que todos saben que no es
agua ni viento en las hojas,
que es la alondra. La Poesía
es igual. Ella se nombra
a sí misma, sin nombrarse;
y se evidencia y se asoma
a las ventanas del alma
con sus ofrendas de novia.

Tus versos son porque son.
Son latidos, no son obras.
No son trabajo, son vida.
Ya eran versos en tu sombra.
Ya eran versos en tu sangre
y en tu tristeza. Tu boca
dijo lo que le dijeron
en tu hondura, voces hondas.

Tú no sabes lo que dices
porque lo dice «la otra».
Esa que vino una tarde
en ti, sin ti, con tus rosas.
¡Esa que me trajo versos
como trae su luz la aurora!

Vicenta María: quédate
quieta en la orilla sonora.
El agua dirá tu verso.
Sé tú el silencio; las hondas
soledades de la tarde;
la renuncia; sé tan poca
flor de tu jardín, que seas
mucho más que flor, aroma;
sé obstáculo tan pequeño
que te pueda la voz sola
de tu pena traspasarte
sin romperte... La corona
de la Poesía se da
a quien da su vida toda.
¡Y así serás escuchada
a fuerza de silenciosa!



JOSÉ MARÍA PEMÁN